



María Teresa Dueñas
nació en París el 4 de fe-
brero de 1898.-Murió en
San Francisco, California,
el 18 de febrero de 1924.
Fueron inhumados sus
restos en San Salvador,
el 9 de abril de 1924. - - -

LINEAS PREVIAS

Admiradores de la gentil señorita María Teresa Dueñas, fallecida en edad primaveral y bajo el cielo gris de lejanas tierras, han dispuesto ofrendar a su memoria esta Guirnalda de ternuras, emociones y sentimientos, expresados en la forma bellísima del Arte.

Las azucenas y las margaritas lucen su pálida blancura en la cadencia melódica de fluidos versos.

Otras flores abren sus corolas en prosa galana y pulcra.

Y el ciprés llora su dolor en sentidas elegías.

Toda esa ofrenda es testimonio de admiración y de cariño para la virgen que surcó el infinito en una nube de ensueño.

Y la nube, para llorar la despedida del espíritu de la muerta en las alturas, se deshizo en copiosa lluvia que vino a refrescar los rosales de la tierra.

Son flores de esos rosales las que adornan la Guirnalda ofrendada a la espiritual y distinguida señorita Dueñas, que en vida fue también albo capullo de inolvidable perfume.

Enrique Córdova.

María Teresa Dueñas

Era como una hermana dulce y buena.
¡Era su alma blanquísima azucena,
limpio cristal, fulgor de luna llena!

Vino Ella del Amor, y fue su sino
regresar otra vez por el camino
lleno de luz y amor de donde vino!

Y en una tarde azul, como esos vuelos
que el espíritu emprende hacia los cielos,
bajo un triste aleteo de pañuelos,

dobló su blanca vida sin un grito,
y fue a prenderse su alma al Infinito
como un gran Astro de fulgor bendito!

ALICE LARDÉ.

*A mi amigo, el Dr. don Francisco Dueñas, con
motivo de la muerte de su hija*

Elegía

¡Qué inconstante la suerte es!
ayer te rendía honores
y hoy te ofrece algunas flores
entre ramas de ciprés!

Ya no llena tu santuario
la armonía del salterio!
hoy va su eco funerario!
a perderse al cementerio!
de tu alma ¡tan solitario!

Tras su eterna despedida,
desolado quedó el huerto;
si al hijo se le ama en vida,
mucho más se le ama muerto!

Los hijos, en el hogar,
hacen la vida risueña
y cada uno nos enseña
a saber sentir y amar.

Tu hija querida que ha muerto
llenándote de amargura,
fue manantial de agua pura
encontrado en el desierto.

¡Quién pensó en negros crespones,
cuando en su frente batían
sus alas las ilusiones!

—¡Destino, qué injusto estás!
puedes sepultar los años
con sus viejos desengaños,
pero la ilusión . . . jamás!

Como un leñador cruel
que goza causando males,
vas destruyendo panales
que están rebosando miel!

Sentimos tu ausencia, niña,
como siente la campiña
que frutos dulces sazona,
que no luzca su corona
ni ofrezca mieles, la piña!

¿Quién no encuentra natural
que en nuestros días risueños
florezcan todos los sueños
como florece el jacinto?

Nuestro pobre corazón,
cual campana vibratoria,
por ellos, tocando a gloria,
está en cada vibración.

Nuestro sér sombrío avanza
por esos negros rincones
donde tanta ilusiones
sepultó nuestra esperanza!

¡Tristes, muy tristes están
nuestras almas, y, se quejan
por los hijos que nos dejau
y que tan pronto se van!

No vuelve la dicha que huye
porque la Gracia Infinita
cuando una dicha nos quita
jamás nos la restituye!

¡Todo es triste en nuestra esfera
porque somos planta triste!
¿Dónde está la Primavera
que de hojas nuevas nos viste?

Tu hija querida que al puerto
llegó al fin de su jornada,
tú la llevas sepultada
allí en el costado abierto!

Yo también sepulté allí
aquel hijo que perdí
y su tumba no se cierra
sino con aquella tierra
con que Dios me formó a mí!

—

¡Oh, las angustias humanas
llorando están en concierto
como lloran las campanas
que doblan tristes a muerto!...

CAJUNTO VELADO.

María Teresa Dueñas

Hondísimo dolor lleva al hogar en donde era ventura constante y florecimiento de esperanzas que dejau una huella de recuerdo, como purísimo aroma que embalsama el ambiente, en el que el duelo mata para siempre la ventura que extinguió con la huída de sus encantos.

La modesta alteza de su compostura la destacaba con señorío humilde en las elevadas esferas; era siempre visible su asistencia y admirada, en aquellas lides sociales, la comedida arrogancia que dictaba con sus ojos, como lindos destellos de reflejos maternos y efluvios de candor, en decorosa, suave y amable sinceridad de paternal abolengo.

Silenciosa y reflexiva, solía decir, en momentos expansivos, en sencilla y expresiva dicción de afectos, como una inesperada eclosión de flores, que sorprendía con la sucesión armónica y con la pureza de sus perfumes.

En el puesto de afectos más hondo de aquellos que llegaron a saber de sus virtudes y en el más profundo de sus padres, que guardaban tesoro de amor tanpreciado, reinaba sencilla y suave como esencia encantadora e inextinguible.

Un anhelo de su vida se cumplió al retornar a la tierra donde vio la primera luz y al alcázar en que alborearon los preludios de su vida de ilusiones; el agasajo social resplandeció prodigándole sus más altos cariños; otros anhelos se fueron muy lejos al través de la inmensidad del tiempo, en pos de un raptó artero que la arraucó, para que nunca volviera a ver el solar de todos sus quererres, siempre constante en el ensueño de un deseo, siempre es-

capado de su empeño, como una brisa sutil y fugitiva, hasta destruir la ilusión con la fuga de la vida.

—Estos son los sitios de mi niñez que los años no han podido borrar de mi mente; los recuerdo, me son familiares, son los que arrullaron las primicias de mi infancia y los quiero, los prefiero y no quisiera abandonarlos—volveré. . . .

Este anhelo se fue arrebatado por la asoladora tempestad de la muerte y vaga palpitando en la sucesión de los tiempos con el sentimiento inmutable, fijo en el mismo punto de amor. . . .

¡Qué ensueño el que dormita en las sombras!

¡Qué misterio el que, atrayente, arrebatada y remonta el dolor de los que se quedan!

¡Qué sombra tan densa en la que penetra esa esencia de dolor, que provoca la extremada pena, que en el otro linde del extremo reflexiona, al fin consuela y hace brotar el «¡Hágase tu voluntad!» secando el llanto y serenando el alma, conduciendo al éxtasis doliente que aduerme al espíritu en la conformidad.

Aquellos anhelos, visiones de añoranzas, acariciadas ilusiones de floescencias, se fueron entre arañados nimbos dejando hundido, en lo más hondo, el acero en el corazón de quienes amarán su memoria eternamente, en pos de un recuerdo de melancolía que seguirá la ruta intangible de su peregrinación infinita.

*

Fue una mañana de brisa muy fresca, entonada de alegres colores, a los reflejos auríferos del mar.

Las olas musicalizaron sus ternuras más íntimas y derramaron sus canciones más sentidas.

No hubo puesta de Sol. El día no terminó. Cam-

biaron los celajes. De alegres fueron tornándose en campos oscuros, hasta formarse una sola sombra que todo lo cubrió.

A lo lejos, un rayo de Luna dejó entrever un nuevo día y una silueta que se extinguía en los misteriosos jardines del confín... .

MIGUEL PINTO.

Muerta!

Es el país do nunca
falta la primavera,
y están siempre los árboles con frutos o con flor,
y es más azul el cielo,
y del mar a la ribera
lánguidamente llega suspirando el amor.

Allá donde las brisas
con su vuelo sonoro,
el blando ambiente puebla de armonías sin fin,
y las róseas manzanas
y las naranjas de oro
en la comarca reinan de uno a otro confín.

Allá, moderna Arcadia,
donde son las mujeres,
bajo un sol amoroso, de más pura beldad,
y es más pródigo en dones
el reino de Citeres,
y se alzan sonrientes el monte y la ciudad.

Allá la suerte quiso
que llegara la hora
última de su vida. . . . Su muerte no fue allí
una noche sombría,
sino una clara aurora
que se alzó entre celajes de nácar y turquí.

Era su alma cual vaso
que guardaba la esencia
de la ilusión primera que de niña soñó. . . .
Cerrado para todos
desde la adolescencia,
al golpe de la muerte el vaso se rompió!

Y ese aroma encantado
de jazmines y rosas,
esparcióse en el aire, con la rara virtud
del que puso en sus ráfagas
las notas melodiosas
de un ignorado cántico de amor y juventud.

Fue el adiós misterioso
de la ilusión primera
que hecha olor en su alma, de su alma se escapó,
para volar purísimo
a la patria ribera
donde la dulce muerte con el amor soñó.

Y al llegar aquí el cántico
en la hora indecisa
en que Véspero tiembla y empieza a anochecer,
sobre almas amorosas
sopló como una brisa,
el adiós de la que era más ángel que mujer.

ROMÁN MAYORGA-RIVAS.

El vuelo de María Teresa Dueñas

No ha muerto; peregrinó al impulso bienhechor de la esperanza, rumbo al infinito.

Pasó como nota dulce que se pierde en la lejanía, como suave luz que se oculta al atardecer.

Diáfana, resplandeciente, iluminada por la sonrisa de los ángeles, a modo de paloma mensajera, se elevó sin que sus alas se mancharan del fango terrenal.

Al recuerdo de su virtud y su belleza, percibimos un rumor de aquella nota dulce que se perdió en la lejanía, un destello de aquella suave luz que se ocultó al atardecer.

MANUEL CASTRO R.

San Salvador, mayo de 1924.

Rosas Blancas

No lloréis su partida, que al desplegar el vuelo tan prematuramente por el inmenso espacio, transfigurada, apenas, fue a despertar al cielo y nueva vida empieza en el azul palacio.

Ella, que fue tan buena, tan virtuosa, tan santa, que tras crueles dolores purificó su vida; que no manchó en el suelo su nívea y breve planta, ya fue por Dios llamada y por El bendecida.

Y en el coro de arcángeles que allá perennemente cantan la gloria eterna del Hacedor divino, triunfadora y alegre alza la noble frente, y es de Dios predilecta cumpliendo su destino.

Hija, al fin, del que rige la ley del Universo y alienta con su soplo al insecto y al astro, a María Teresa la transformó en un verso de su vasto poema, del poema diverso en que las nebulosas son apenas un rastro.

Colocad en su tumba muchas rosas, de aquellas que amó tanto en la vida, por su suave blancura; rosas frescas y blancas que parecen estrellas y son preclaro símbolo de su alma bella y pura!

ALFONSO ESPINO.

Amor y dolor

(Con motivo de la prematura muerte
de María Teresa Dueñas).

Al resplandecer el oro y el nácar de la Aurora, cuando despunta el sol de la mañana y la fresca brisa inunda el alma con su vaho delicioso, la vida se siente brotar a borbotones. Todo respira amor!

Sobre las altas copas de los árboles revolotean alegres y caprichosas las mil aves canoras y las de riquísimos plumajes, y todas cantan a la Aurora desde el fondo del follaje. Todas cantan al amor!

Y la fuente con su risa argentina, viene corriendo, llega saltando, siempre alborozada, gritando alegrías, buscando caricias. . . . Toda fuente es amor!

Todo en la vida es canto de esperanza.

Todo es canto de amor!

.....

La sombra de la Noche cubre con su manto de crepón la amplitud del firmamento. Sombras, obscuridades por todas partes. Negrura en el cielo. Negrura en el alma. Todo es dolor!

Aves de enlutado plumaje cruzan el aire y al aire hieren con sus graznidos. Las mariposas, aquellas de fa-

tídica negrura, fijas estaban en la pared... Todas son las mismas que siempre simbolizan el dolor!

Y aquella fuente clara que antes murmurara alegrías en su corriente; aquella que ayer no más se acercaba sonriente, hoy se desploma desde el peñasco, desde la loma, en lo profundo del valle inmenso que es el dolor!

Todo en la vida es desengaño!

Todo es dolor!

Así fue la existencia de MARIA TERESA.

En la aurora de su vida, bella promesa;
y, cuando todo le sonreía para el amor, muere en botón,
como muere una flor...!

ATILIO PECCORINI.

Floración luctuosa

Para la señorita María Teresa Dueñas.

Se fue al País del Norte como una
muñeca viva, en plenitud de encanto;
y en donde fue de oro y marfil su cuna
hubo un presentimiento hecho de llanto.....

Allá, en el florecer de la fortuna
y de la juventud, llegóse a tanto,
que, furtiva la Trágica—importuna
segó su vida con mortal quebranto.

Hoy en la nave, a su retorno yerta,
sobre ese mismo mar de hados adversos,
viene en la caja, cual muñeca muerta.....

Y—a la manera de jazmines tersos—
arrojo en haz, para su fosa abierta,
mi ramillete de catorce versos.

M. ALVAREZ MAGAÑA.

Inmortalidad

Gracia, verdad y bien, ¿pueden morir cuando la vida rompe el vaso que los contuvo?

Esa flor incontaminada que luce su pompa ante mis ojos, morirá en su anhelo de perfumar, antes que la noche llegue, mas vivirá en mi recuerdo. Será noción de gracia y de armonía, por el juego de sus curvas; símbolo de los amores castos por su albura; y su perfume, la huída del alma hacia lo alto: anhelo, plegaria, verso.

Los seres que trajeron a la vida un mensaje de belleza, de amor y de bondad, no morirán. Algo de ellos perdura en el ansia de ritmo del poeta, en la ternura de los que aman, en el gesto de dar de los magnánimos.

De los colores de las mejillas pudorosas se hizo el rosicler de esa nubecilla que pasa y del fuego de los labios con amor, ese carmín de los claveles rojos. De las pupilas pensativas tomó su tinte la violeta, y de los amores perdidos de las doncellas es la espiral de los perfumes.

Gracia, verdad y bien, no mueren cuando la vida rompe el vaso que los contuvo.

FRANCISCO MORÁN.

Excelsa

A María Teresa Dueñas.

Fue una criatura excelsa. Señor, tú la mandaste
a la vida, y de gracia y virtud la colmaste,
y porque era tan buena la llamaste, Señor,
y ¿dónde está su alma? En lugar de una estrella
acaso la pusiste por sideral y bella,
para que mande al mundo su amante resplandor.

Así será! En las noches, cuando las sombras tiendan
su manto, y en el cielo las estrellas se enciendan,
habrá en medio de todas un nuevo iluminar;
el alma de Teresa será, que en los excesos
de su filial afecto, sus siderales besos
envía al padre, herido con dardo de pesar.

JOSÉ FERNANDO CHÁVEZ.

(Del «Diario Latino»)

A MARIA TERESA DUEÑAS

"Despertó alegre una alborada hermosa,
Y por la tarde durmió en el ataúd...."

"TON TRAJET DANS LA VIE PASSAGÈRE A ÉTÉ
COURT; MAIS TA TRACE SERA LONGUE DANS
NOS CŒURS ET ÉTERNELLE AU SEIN DE DIEU.
SORTIE UN MOMENT DES BRAS DU PÉRECHÉ-
LESTE, TU AS EU HATE D' Y REVENIR...."

No conociste de la vida sino la Primavera radiante
y perfumada.

En tu corta carrera por el mundo, sólo hollaste
pétalos de rosa.

Dichosa, no supiste de las tormentas del Estío, de
las desilusiones del Otoño, ni de las tristezas del Invier-
no.

La Traición y el Desengaño, defraudados y hoscos,
reservaron para otros peregrinos su puñal y su veneno.

Gozaste sin medida del amor de los tuyos..... Todo te
sonreía!

Y por eso gorjeabas, y tu risa cristalina remedaba el
murmullo del riachuelo juguetón. . . . Por eso en el fondo
de tus ojos vislumbrábase un rincón del Cielo.

Y cuando la saeta encantada de Eros el divino hería
tu tierno corazón, temblorosa y púdica, partiste.

Dichosa.

JOSÉ MA. PERALTA.

EN LA MUERTE DE LA SEÑORITA MARIA TERESA DUEÑAS

Azucena impoluta, arrebatada
por la Intrusa fatal y tenebrosa,
cuando apenas se abría a la alborada
su vida angelical y venturosa.

Marchóse, Teresita, de este suelo
de envidias y amargos sinsabores
y su alma toda luz voló hacia el cielo
como un perfume de fragantes flores.

SALVADOR L. ERAZO.

María Teresa Dueñas

Como la Primavera, ella tendía a su paso guirnaldas de flores entre las frondas rumorosas.—Cultora de espiritualidad cautivante, en las ramas de su rosal,—cuajadas de rosas en botón y de cálices apenas entreabiertos,—aleteaba con la caricia del viento matinal o el beso cristalino de la luz rosada del cielo.

Pasaba, candorosa y gentil, por los cármenes en que resplandece el arroyuelo, y éste en sus arrullos cantaba la pureza angélica de María Teresa, llamándola su hermana.

Gayamente erguida sobre la altura en que su espíritu se elevaba, avistó el turbión de tinieblas de la vida.—Definía sus pasos y elevaba sus negros ojos en arrobamientos de dulzura, apacentados de inquietudes eternas, a semejanza de un río transparente que detiene su eterno correr, adormecido a la sombra de la selva, para fijar la esmeralda inmóvil de sus aguas en las azules y profundas alturas misteriosas.

El ruiseñor trovero,—en cortesía romántica,—gorjeaba en su loor la escondida lira de su cántico.—También él llamaba hermana de su alma, porque la de ella, tan arrobada, se abría al ritmo de vibraciones hondamente sensitivas, en una sonoridad de pedrerías.—Así el torrente de la montaña, enjaya sus rumores con el bullente temblor de sus diamantes y rompe en extrañas musicalidades al pasar el oro fluído del sol.

Las ilusiones de su mente vestálica, estrellas eran que brillaban suspendidas de su cielo arrebolado de auroras.—Entre ellas y entre rompientes encendidas de fulgores, María Teresa atravesó la vida en su eskuife de nácar, que empujaba de enseñas líricas, en las que, como una alada corte de Amor, abatían su vuelo una bandada de mirlos y una

cuadriga de alondras.

El corazón de María Teresa,—una corola en cuya oquedad hicieron nido immaculadas ternuras,— se deshojaba pétalo por pétalo, soltando su aroma ante el ara ardiente del culto del amor a sus padres, a sus hermanas y al hogar.—Era su virgínea ofrenda a la sencillez en la venturanza; a la dicha sin vanidades; a la belleza modesta en la honorable opulencia señorial.—En un ambiente rodeado del prestigio de su preclaro linaje; de las galas de una moral avasallante; del bienestar de una riqueza sin alardes, María Teresa Dueñas,—alma luminosa y resplandeciente,—supo del sincero homenaje de la pleitesía y galardón a sus virtudes.—Su corazón atesoró sentimientos hidalgos, de verdadera nobleza de alma.—Esparció luz de piedad en el desfile de sombras que proyecta la miseria.—Consoló tristezas e infortunios en el silencioso accionado de su compasión.—Mitigó amarguras y desencastó desolaciones, enhiestas en vidas naufragando en desventuras, sin que aleara con el metal precioso de la dádiva,— que extendía su mano generosa sobre las humanas desdichas,—el cobre de la ostentación que pide el aplauso de hueca vocinglería, ni el oxidado hierro del orgullo, que presume de benefactor y aparece en los periódicos reclamando el recuento de munificencias en favor de las ovejas trasquiladas del mísero rebaño.

Fue dulce y buena, nimbada de pureza.—Soñadora, fue traicionada por la vida.—Bella y fragante, como el alba radiosa que,—en tremulaciones de aura,—sacude claridad de perla en los jardines, cuando, en el lloro de su aljófara, la luz de la luna se duerme sobre las flores.....

María Teresa; ángel, estrella, flor, armonía:—tú también, luz de luna, claridad de perla, te has dormido para siempre sobre la flor del recuerdo inmortal.....

ENRIQUE CHACÓN.

Al doctor Francisco Dueñas

Con motivo de la partida de su hija Teresita.

No la lloréis, por Dios, que no se ha muerto!
Que cese vuestra angustia y vuestro llanto;
No era su patria este árido desierto
Y fue buscando el suspirado puerto
La dulce virgen que adorabais tanto.

Es tan dura la vida! Es tan amarga!
Que es mejor celebremos su partida;
El fardo de la vida es una carga
Que al más valiente corazón embarga
Y deja nuestra espalda dolorida.

Feliz la virgen que emprendió su vuelo
Sin enfangar su veste immaculada
Y que dejó en el miserable suelo
Una estela de amor y de consuelo
En la lumbré inmortal de su mirada.

Sus labios no supieron de amargura,
A sus pies no llegaron las espinas;
Era un lirio radiante de ventura,
Era un ángel de amor y de ternura
Pleno de encanto y gracias peregrinas.

Que marchó hacia su patria dulcemente
Más allá de los velos de las nubes
Por eso es que se escucha en el ambiente
Celebrando el suceso faustamente
Los cánticos que entonan los querubes.

No la lloréis, por Dios, que no se ha muerto;
Calmad vuestro dolor y vuestro llanto,
No era su patria este árido desierto
Y fue buscando el suspirado puerto
La dulce virgen que adorabais tanto.

SAÚL FLORES.

Plegaria

En la muerte de la señorita

María Teresa Dueñas

Acógela, Señor, en tu excelso trono. Ella fue como un resplandor de estrella que pasara por el fango del mundo sin mancharse.

Acógela, Señor, en tu amoroso seno. La dulce vibración de su espíritu era como una romanza de arpa eólica.

Acógela, Señor, en tu misericordia infinita. Ella tuvo un corazón abierto a todos los maravillosos sentimientos.

En tu risueño paraíso, acógela, Señor. Ella fue como un roe sal en primavera, que aromatisó y embelleció la vida de sus progenitores.

En tu divina claridad de gloria, acógela, Señor. Ella tuvo unas pupilas luminosas que alumbraron muchas sombras de dolor, y su corazón manaba muchas mieles para endulzar acerbos penas.

Señor: como las facetas de un limpio brillante fue su alma blanca y pura.

Ella no fue mordida por la impureza de la vanidad. Con el purísimo aroma de sus sentimientos, ella purificaba los hábitos malsanos de la humana perversidad.

La diafanidad de su espíritu embellecía como la dulce claridad del alba.

En el jardín de su pecho había eclosión de rosas bellamente irisadas y de impoluta fragancia.

El espíritu de María Teresa se desprendió de la envoltura corpórea con la incomprensión de las perfidias y las asechanzas humanas; en su virgen corazón no se clavarón las espinas de los egoísmos y las infidencias. Su espíritu se desprendió blanco como una flor de nieve y puro como un orbe de luz.

Acógela, Señor, en tu regazo florecido en milagros.

S. CORTÉS-DURÁN.

María Teresa Dueñas

Como una sombra etérea de celeste blancura
pasó sobre la tierra, encantando la vida.
¡Un vaso de virtud fue la dulce criatura!
¡Un fanal en la sombra, una rosa encendida!

Aquella dulce niña que abrigó una alma bella,
tuvo en vida un tesoro de gracia sobrehumana;
dejaba en el espíritu una imborrable huella,
y era para los tristes caritativa hermana.

Fugaz, como un ensueño, la niña dulce y buena,
se escapó de este mundo como una sombra leve.
Ya traspasó la muerte su existencia terrena,
blanca como los lirios, pura como la nieve...

Yerta está la armonía de su cuerpo en la fosa oscura,
Selló la muerte adusta su juventud florida,
pero sobre su tumba brillará esplendorosa
la paternal ternura que la amparó en la vida.

ANTONIO OCHOA-ALCÁNTARA.

Todo es nada

Una juventud que se desgaja del árbol de la vida, es como una rosa en plena belleza que se deshoja prematuramente entre el conjunto armonioso de sus compañeras. Por eso cuando alguien, dulcemente acariciado por la influencia de la primavera que invita a soñar, que insufla savia de renacimiento en nuestras venas y ambiciones de felicidad en nuestro espíritu, emprende, entre el dulce gorjeo de las aves que saludan el día, el vuelo hacia el nebuloso arcano, sentimos bajar a lo más hondo de nuestra alma el amargor de una inquietud, de una congoja, como una lágrima ardiente que nos quema

Vivir para soñar, vivir para amar y ser amado, vivir para gozar, exclamamos cuando en plena floración nuestro espíritu no veante sí más que un futuro que nos promete mucho, tanto, acaso nos guarde entre sus aspectos imprevisitos, la celada que destruya nuestra existencia al golpe rudo y misterioso de la muerte.

Hay momentos en que la vida arde en nosotros como una llama que alumbra el porvenir: pero repentinamente sopla un viento huracanado, y esa misma llama nos consume convirtiéndonos en cenizas.

De morir tenemos, nos decimos todos los días; pero no por ello nos resignamos a tan triste fin. Siempre experimentamos el mismo sentimiento de pena y jamás nos podremos conformar con las fuerzas ocultas que marcan nuestro destino.

La vida es un dolor—clama la amarga filosofía de Schopenhauer. La vida es un cambio de valores, una transmutación constante; y todo cambio, toda variación implican un dolor consciente e inconsciente.

Pero el dolor que produce la muerte es tan sensible, que repercute en muchos corazones vinculados, de una u otra manera, a la persona que nos dice adiós para siempre. Y esta pesadumbre se refleja en el alma de la sociedad capitalina, que se congrega contrita ante un sér querido de su seno, que emprendió el viaje hacia el Leteo: María Teresa Dueñas.

Esta dulce niña, a quien la bondad de la vida acarició desde la cuna, y en quien la juventud fue amanecer bendito, dorado por los rayos del sol tropical; que sintió la inquietud por las cosas lejanas, y viajó por remotos países, fue a dormir el sueño eterno, aún para remontarse más allá en esencia, en un bello y florido rincón de los Estados Unidos de Norte América, en California, la encantadora.

Ayer no más, mientras el vapor al alejarse del puerto del suelo natal, hendía las azulinas aguas del mar; para conducirla a otras regiones, los pañuelos se agitaron haciéndole augurios de ventura, y hoy sus despojos han venido sobre la líquida inmensidad, encerrados en funeraria urna, a producir inmenso pesar en cuantos la quisieron. Porque María Teresa Dueñas fue buena y tenía una alma generosa; las vanidades no influyeron sobre su personalidad; tenía el orgullo de saberse distinguir por sus altos sentimientos y por sus raras aptitudes.

Pero así es la vida. Cuando más promesas guardaba aquel capullo de ilusiones, dulcemente alentado por el cariño paternal, llegó la ola misteriosa de la muerte y agobió su existencia, en la que todo era una risueña esperanza ante sus ojos. Y los que ayer se regocijaban con su compañía, sienten hoy inmensa tristeza al pensar que la niña espiritual que despertó simpatías, ya no volverá con sus risas cristalinas a poner una nota musical en los hogares que frecuentaba, y acaso el aya de su niñez, una anciana sencilla, cuando contemple su féretro, entre sollozos,

exclame: Pobrecita la niña, tan dulce y tan buena que era, y se lleve el pañuelo a los ojos para enjugar una diamantina lágrima de sincero dolor....!

GONZALO MEJÍA-NOLASCO (hijo).

Anima cándida

(A la memoria de la señorita
María Teresa Dueñas)

El alma limpia es gota de un agua luminosa
que en cálices de rosas halla inviolada cuna.
Yo sé de un alma de esas: era un claro de luna
temblando en el rocío que lloraba una rosa.

Pero una mañanita de cálidos fulgores
volvió de nuevo al cielo la limpia gota aquella,
que bien fuera por clara la hermana de una estrella,
o bien por leve fuera la hermana de las flores.

No hay que buscarla ahora por reinos de dolores,
el alma limpia es gota de un agua milagrosa,
que si bien se evapora, vuelve en formas mejores
a iluminar el sueño de nieve de otras rosas.

ALFREDO ESPINO.

María Teresa Dueñas

La ciudad presentaba ayer un aspecto de intensa tristeza. En las calles no se notaba la animación cotidiana. Uno que otro automóvil cruzaba la calle conduciendo coronas o alguna persona rigurosamente vestida de luto. En los almacenes los señores empleados veían hacia la calle solitaria. Parecía que una lejana hecatombe había acontecido. En un hogar modelo, rodeado de personas amigas y familiares se encontraba el cadáver de María Teresa Dueñas, la distinguida hija del doctor don Francisco Dueñas, recientemente fallecida en San Francisco, California, en la primavera de la juventud. Es la noble y simpática joven que conocimos el año pasado, cuando vino a El Salvador, su patria, después de muchos años de ausencia y que con su alegría alborozada tonificaba el corazón. El país se encuentra intensamente conmovido con la pérdida de una de sus más esclarecidas mujeres y la tierra patria la cobija hoy entre sus pliegues como uno de sus más preclaros exponentes.

GUILLERMO CAÑAS.

María Teresa Dueñas

Tuvo de azucena: la fragante pureza,
la elevación celeste.
Tuvo de paloma: la ternura en el mimo,
el arrullo en los ojos.
Tuvo de estrella: la virtud de dar luz,
de marchar por el cielo.
Y tuvo de niña: la ilusión de vivir,
el candor de soñar!

¿No habéis sentido nunca esa melancolía de los pañuelos que se agitan en un adiós? De esos pañuelos todos blancura y levedad, que vibran inquietos entre los brazos del huracán, como una vida entre las garras del Destino?

¡Oh, los blancos pañuelos! Confidentes, hermanos en el placer y en la pena. Con su virtud de recoger nuestras sonrisas y de beber nuestras lágrimas. Qué amables, qué dulces, qué buenos los blancos pañuelos! . . .

Así, allá muy lejos, la vida de María Teresa—toda blancura y levedad—se rindió entre las garras del Destino, como un pañuelo, como un frágil pañuelo que se agita para decir adiós. . . .

Y nuestro corazón, desorientado por el dolor, no acierta a balbucir una plegaria, y se derrama en lágrimas.

JULIO E. AVILA.

El poema de las lágrimas

Y por María Teresa
El ambiente se viste de tristeza!

A. H. L.

¡Ave María Teresa, por buena y por bella!
Desde mi Ermita de Cristal de Rosa-Té,
Llora el ensueño por la más pura Estrella
Y, el corazón grita ¡ha muerto! y así se vé

¡Cómo las rosas lloran con sus blancas plegarias!
Mil frases virginales tejen por los senderos
Sus fragancias de duelo y quejas funerarias,
Mascullando sus rezos, divinos y áusteros.

¡Din!-¡Dan!-¡Din! ¡Dan!,-se quejan reverentes campanas.
¡Ella, que era tan buena y por tan buena pura,
Escucha celestiales gratos Kirieleysones

Desde el Arcano Infinito contempla vidas vanas
Y triunfa su Inocencia con la dulce Ternura
Con la alegría de Dios y el llorar de corazones

ARTURO HUMBERTO LARA.

Homenaje luctuoso

Nació en cuna privilegiada. Sus abuelos, un hombre público ilustre, y un rico banquero: el doctor Francisco Dueñas, ex-Presidente de la República, y don Manuel Trigueros. Sus abuelas, una dama inteligentísima y de refinada cultura, y una dama de prócera estirpe: doña Teresa Dárdano de Dueñas y doña Edelmira Mora de Trigueros. Sus padres, un caballero modelo de caballeros, y una mujer bellísima: el doctor Francisco Dueñas y doña Coralia Trigueros de Dueñas.

María Teresa se llamaba: dos nombres que en ella resumían el encanto divino de la Virgen nazarena y el clásico prestigio de una mujer que sobresalió entre todas las mujeres salvadoreñas. Ambos, dos nombres gloriosos que en buena hora le dieron sus hadas madrinas al otorgarle el divino dón de la pureza y el prestigio de la inteligencia, cogida la una de los cielos, y la otra del superior intelecto de la abuela que sobresalió entre las mujeres salvadoreñas.

Infanta partió María Teresa con sus padres a California. Allá se hizo joven. A El Salvador vino hace poco, colmada de gracias, toda ella primaveral, florida, encantadora. Regresó al poco tiempo a California. Ahora vuelve....Vuelve dormida para siempre en un blanco ataúd....

La otra vez que vino, toda ella primaveral, florida y encantadora se le alfombró aquí de rosas el camino por donde transitaba. Hubo fiestas en su honor, y músicas y cánticos y versos....Era digna de llamarse María por lo bella y virginal. Y le caía bien; como una corona luminosa, el nombre de Teresa, porque era digna princesa descendiente de aquella reina del talento que sobresalió entre las mujeres salvadoreñas.

Y esta vez que viene dormida para siempre, la recibimos también con flores; pero no con músicas de fiesta ni cantos de alegría. A las flores mezclamos ciprés. Con llanto la recibimos y en dolorido silencio. Estamos por ella de duelo.

Se fue de la vida en plena vida. El mar, que se la llevó en nave triunfal entre armonías del viento y de las olas, nos la trae en enlutada nao, entre gemidos del viento desmayado sobre las olas plañideras. Una bandada de gaviotas vino desde la extranjera playa escoltando la nao enlutada, y en el patrio litoral fue a su encuentro una bandada de palomas blancas

Aquí está ya el níveo ataúd con la virgen muerta. . . .
La nativa tierra será blando regazo para su eterno sueño, que dormirá en dulce paz al lado de sus ilustres ascendientes. Aquí María Teresa cumplirá la evolución de su vida corporal en el seno de la tierra que la vio nacer.

Morir es renacer! Ésa es la norma
La muerte el germen de la vida lleva;
La materia se funde, se transforma
Y la esencia se eleva!

(Del «Diario del Salvador»)

Siempre vivas

A la memoria de María Teresa Dueñas.

Ninguna cosa tiene que morir;
si se ha de transformar, deja sus rastros. . . .
El destino del Alma es persistir
entre la luminaria de los astros.

No hay motivos de hacerse la ilusión
de que dejar la vida es mala suerte:
el Universo es una ensoñación;
y una gran falsedad lo de la Muerte!

Ausentarse del mundo no es morir,
como miles de gentes lo han creído,
es como quien hubiera de partir
hacia el sabio lugar del que ha venido. . . .

No tenemos derecho a reclamar
que la vida nos sea prolongada;
la humanidad se habrá de transformar. . . .
para que nuestra cuenta esté pagada.

Acaso no venimos de la nada,
¿por qué desear la carne dolorida,
que viene siendo al fin de la jornada
una corteza amarga de la vida?

Ya María Teresa lo comprende
porque ha emigrado al mundo del misterio;
sabe que somos chispa que se enciende
para dar la ceniza al cementerio. . . .

JUAN ULLOA.

María Teresa Dueñas

La inhumación de sus restos, hoy en el Cementerio General

Desde hacía varios días veníase anunciando el arribo a playas salvadoreñas del vapor «Colombia» que traía los restos de la gentil señorita María Teresa Dueñas, fallecida en la flor de la vida en San Francisco, California.

Ayer por la mañana el barco que traía los despojos de la que fue gala del pensil salvadoreño, ancló en el puerto de La Libertad. La noticia cundió en esta capital y numerosas personas vinculadas por la sangre y la amistad con la familia Dueñas, fueron al puerto a rodear al Dr. Francisco Dueñas, que acompañaba los caros despojos de su amantísima hija.

A las diez de la mañana de ayer ingresó a ésta el acompañamiento que traía como en piadosa peregrinación a la inolvidable María Teresa. En casa del doctor Dueñas se preparó la capilla ardiente; y en aquel recinto que antes se poblara de alegrías al influjo sugestivo de aquella bella criatura que fue gala y prestigio de nuestra sociedad, un ambiente de solemne recogimiento, en el cual parecía percibirse el temblor recóndito de la pena que embargaba los corazones, fue como un homenaje póstumo de rendida simpatía hacia la niña que derramó a su paso sus sonrisas como perfumadas flores y sus frases cariñosas en que se acendrabá el afecto, como manantial de cristalinas aguas.

Coronas artísticas, muchas coronas floridas; rosas, todas las rosas de los jardines fueron derrochadas alrededor del túmulo. La residencia del doctor Dueñas fue materialmente ayer como un templo a donde una procesión no

interrumpida llegaba a depositar su ofrenda de cariñosa recordación ante la que se escapó de la vida, tal vez escalando el lejano azul por un rayo de sol.

Puede decirse sin exageración que ayer San Salvador estuvo de duelo. Los parques se encontraban desiertos; los Teatros Principal y Apolo, cerraron sus puertas; en los periódicos se leyeron por la tarde sentidos artículos de condolencia. En todos los corazones había un estremecimiento de dolor. Ha sido una verdadera apoteosis doliente la que San Salvador ha tributado a María Teresa, reflejando, naturalmente, el alto aprecio de que disfruta la honorable familia Dueñas. Todos los corazones capitalinos palpitando en un solo corazón han expresado su pena.

A las nueve de la mañana de hoy fueron conducidos entre un lucido acompañamiento los caros despojos. Fue un desfile de lo más valioso de nuestros elementos sociales. Nosotros, al consignar esta nota de duelo, hacemos ostensible nuestras sinceras expresiones de condolencia al señor doctor Francisco Dueñas, padre de la extinta y a los demás miembros de tan estimable familia.

(De «La Prensa» de San Salvador).

*En la prematura muerte de la señorita
María Teresa Dueñas*

Era una cándida rosa,
que a las caricias del viento,
esparcía el grato aroma
del cáliz virgen y terso.

Ella de un hogar formaba
la felicidad, la gloria:
que era entre las flores rara
por gentil y por graciosa.

A contemplarla su dueño
madrugaba con la aurora:
era todo su embeleso,
su afán y su dicha toda.

Cuando la lluvia relucía
no empapaba su corola,
iba él mismo y la regaba
con suavidad cariñosa.

Prolijo era su cuidado;
pero una racha traidora
hiriendo airada su tallo,
arrancó la tierna rosa.

Y arrastrándola en sus alas
a una soledad remota,
al dueño, que la adoraba,
sunió en desdicha que asombra.

Loco de pesar inmenso
llama a gritos a su rosa,
que era todo su consuelo
y amaba más que la gloria.



Y esa flor de gentileza
que aquí en la tierra se llora,
era María Teresa;
y en el cielo, donde mora,
sol de espléndida belleza
que Dios complacido adora.

ALFONSO ESPINO.

Señorita María Teresa Dueñas

En el recinto del silencio hay un estremecimiento de sombras. Entra a él una forma pálida, mitad sombra mitad luz. Mitad sombra por el paso de su existencia entre los humanos, porque supo de las alegrías y porque amó la vida: mitad luz, por las virtudes que le adornaron porque ellas tuvieron preferencia en el sistema puro de su «yo» . . . Así fue María Teresa Dueñas: alma hecha para el reposo místico de las evocaciones cristianas; albura pascual, copo de espumas, esencia de bondades que se prolongaban hacia un verdadero frescor de aguas lustrales donde bañaba todos sus sentimientos. Su paso por la vida fue como el brillo de esas exhalaciones que iluminan las obscuridades del espacio en las noches sombrías. Aquella alma, apenas si le pesaba la forma de arcilla como una camisa de fuerza, la que impedía la suprema perfección del espíritu sin mácula.

Resumen de tantas prerrogativas que puso Dios en su existencia, no podía ser duradera según aquel versículo del Eclesiastés: dura poco en el mundo lo que más vale. Así, la muerte espiaba el momento oportuno para tronchar la flor que se diera en un jardín risueñamente humano, para extinguir lo que era dicha en el hogar favorito de la felicidad, para segar con su hoz aterradora la espiga que alegraba en las eras de una familia distinguida y digna. Y, un día de tantos, mientras el sol doraba las facés de la tierra, se la llevó a su morada de sombras eternas, adonde el silencio triunfa solemnemente, adonde el misterio se envuelve en velo indescifrable. Cae la paloma muerta por la flecha implacable, cesa el brillo de la exhalación y trónchase la flor de grandes méritos. Y lo que antes fue alegría en el hogar es ahora tristeza, duelo, desolación; un grupo de corazones tiene ceñidas las cortinas del dolor, y la lágrima

se congela en tributo de amor por la que fue siempre virtud y candidez.

Queda de María Teresa, como de la flor, el perfume de todas sus cualidades que la hicieron pasar por la existencia como una humana forma con algo celestial. Y su recuerdo permanecerá vivo en la memoria de todos los que supieron de sus maneras afables, de su bondad sin límites, de su cultura y educación bien desarrolladas.

Y mientras que en el recinto del silencio hay un estrechamiento de sombras, en la familiar estancia imperan enormes cortinajes negros, y se llora por aquel espíritu difunto.

«EL DIA» hace suyo el dolor que acongoja a la familia de la joven y distinguida extinta, manifestándole su condolencia, haciéndolo particularmente a nuestro apreciable y distinguido amigo don Francisco Dueñas.

(De "EL DIA").

María Teresa Dueñas

En la fecunda tierra donde la brisa mece
Rosas en los jardines y oleaje azul de mar,
Y donde entre las viñas el naranjo florece
Decorando las uvas con su blanco azahar.

En California la rica, la del oro Princesa,
Paraíso de ensueño, esperanza y amor,
Lirio del Salvador fue María Teresa;
Y allá el sol rfanado la bañó de fulgor.

Pero el lirio gallardo, en una noche de aquellas
De luna y de fragancias, sintió dulce ansiedad
De ser ave y volar... volar a las estrellas,
Y allá ser una estrella toda la eternidad.

Tembló el lirio a los ósculos nocturnales del viento,
Exhaló, cual suspiro, su fragancia; y voló
En un rayo de luna; y allá en el firmamento
Azulado, en divino lucero se tornó.

M. V. y G.

(Del «Diario del Salvador»)

Elegía

Sobre la tumba de María Teresa Dueñas

No la enterréis! Depositadla en una
urna, que tenga transparencias bellas,
para que pueda verse con la luna
y contemplarla puedan las estrellas.

Que besen la azucena de su frente
los astros con su lumbré, y los tempranos
fulgores de la aurora, dulcemente
refresquen los dos lirios de sus manos.

Se fue del mundo! Era de Dios amada!
Que su cuerpo, que fue como una rosa,
no lo oprima esa losa tan pesada;
¡que lo bese la brisa cariñosa!

Era su corazón ánfora llena
de mieles celestiales. La vertía
en el alma paterna. Era tan buena,
consoladora y clara como el día!

JOSÉ FERNANDO CHÁVEZ.

(Del «Diario del Salvador»).

Corona de ciprés

*Para la tumba de la señorita
María Teresa Dueñas*

Te fuiste. Ya el pájaro canoro que revoloteaba en la regia estancia de tus padres, cerró sus alas.

Ya las expresiones emotivas de tu corazón angelical, no volverán a arrullar la cántiga placentera que hacía el grato solaz de tu hogar modelo.

¿Por qué alzaste el vuelo en tan temprana edad, en el sueño florido de tus rosados años?

¡Ah, es que las glorias espirituales se van al cielo! Fuiste a embellecer la celeste mansión con el encanto de tus virtudes. Dios te ha deparado un mejor reino y otra vida de verdad.

Duerme en paz, y que esta corona de ciprés, que depositamos en tu fosa, sea la sincera expresión de cariño y de dolor de los que te sobreviven.

De "LA PLUMA".

Al margen del dolor

El vapor COLOMBIA llegó al puerto de La Libertad. De San Francisco de California trajo el cadáver de la señora María Teresa Dueñas y le hicieron compañía en la dolorosa travesía el doctor Francisco Dueñas y su hija doña Coralia.

El cadáver de la gentil damita fue conducido a esta capital y puesto en capilla ardiente en la misma casa donde fue recibida con regocijo a principios de 1923.

* * *

Con los ojos del espíritu, desde mi habitación de convalesciente, miro en el tiempo pasado, el artístico adorno de la residencia del doctor Dueñas. Albas colgadas, guirnaldas de hojas y de flores, búcaros de azucenas, figuras de foquillos eléctricos, y todo un ambiente de amoroso culto social para dar la bienvenida a la dulce, a la exquisita, a la simpática María Teresa.

Parientes y amigos del doctor Dueñas diéronse cita para presentar sus congratulaciones a la bella viajera. Y quienes por primera vez la conocieron, quedaron encantados de su cultura e inteligencia y de su corazón que era nido de aromas.

* * *

María Teresa fue de esas mujeres que saben conquistar los afectos con solo una mirada, con solo una sonrisa, con solo una palabra, pero sin darse ellos cuenta.

En esta época de tantas enfermedades sociales. Enfermedad de odio, enfermedad de egoísmo, enfermedad de vanidad, enfermedad de grandeza, el espíritu dilecto de

María Teresa no fue afectado por ninguna de esas epidemias reinantes.

Estas dolencias sociales no eran para la conciencia diáfana y firme de quien motiva estas líneas dictadas por el dolor y la simpatía.

Ella fue un lirio blanco y perfumado entre las zarzas de la vida; ella fue una estrella mirífica en las humanas y negras tempestades: ella fue como una eucaristía, y en el altar de los afectos resplandeció la albura de su espíritu armonioso.

* *
*

En vida se conquistó todos los afectos que hoy llegan acoagados a la casa mortuoria a darle el último adiós.

La canción alegre de la vida floreció en dolor profundo; las notas sonrientes que hendieron los ámbitos del hogar, se trocaron en sollozos y lágrimas. Negros cortinajes, blandones encendidos, ofrendas florales y muchos espíritus torturados por el dolor. . . .

Mañana, el cadáver de María Teresa será conducido en fúnebre procesión al Cementerio General de esta capital. El mausoleo de los suyos será su última morada.

Que los astros del cielo borden allí sus rosas de oro. Yo deshojaré la perfumada flor de mi cariño.

S. CORTÉS-DURÁN.

(Del «Diario del Salvador»).

Nos dijo adiós

Es un sueño dulcísimo la muerte!
Para un sér virginal la dicha es ésa!
Ya María Teresa
Duerme....Ruido no hagáis....Que no despierte!

Se fue del mundo a la mansión celeste,
De gracias llena, libre de pesares,
Con su virgínea veste
E intacta su corona de azahares.

Y con voz más de luz que de sonido,
Adiós nos dijo en el supremo instante....
Ese adiós tan sentido
Lo recogió su patria sollozante!

(Del «Diario del Salvador»).

Flor de tumba

MARIA TERESA DUEÑAS

Bajo un cielo distante del suyo, el alma de la virgen desplegó sus diáfanas alas y emprendió el vuelo a las regiones eternas.

Y como una flor que hiciera caer prematuramente del tallo, un cierzo aleve, así se quedó en su lecho mortuario la púdica virgen, contraídos los nacarinos labios por una angélica sonrisa, y las mejillas que antes tuvieron la sangre de las rosas, cubiertas de una palidez de luna. . . .

Fue en San Francisco, California, donde María Teresa Dueñas se quedó para siempre dormida, donde se paralizaron las palpitaciones de su corazón, donde se quedó inerte, sin lanzar una queja. . . .

Su alma como una alondra, abandonó la terrena envoltura y se tornó en estrella que fue a brillar entre alguna de las innúmeras constelaciones estelarias.

Sus amantes y nobles padres, doctor don Francisco Dueñas y doña Coralia Trigueros de Dueñas, acaban de traer los restos de su adorada hija, abrunados por una inmensa pena.

Y ya las amadas reliquias yacen en la Necrópolis de San Salvador, en la tierra nativa, donde muchas flores y muchas lágrimas han caído en su tumba, y a donde llegarán las auras en las noches de luna a entonar entristecidas melancólicas romanzas.

Nosotros rendimos homenaje a la amada memoria de la difunta niña, que fue una de las más preciadas galas de la sociedad salvadoreña, y reiteramos nuestras expresiones de condolencia a sus distinguidos padres.

C. AUGUSTO OSEGUEDA.

(Del «Diario de Oriente», de San Miguel).

Orto y ocaso

En plena primavera de la vida, María Teresa Dueñas se durmió en el regazo de la Muerte.

Joven y bella, con una esmerada educación que maticaba con su cultura social y una discreta amabilidad, de esas que atraen con fuerza irresistible la simpatía y la admiración, la conocimos en esta capital.

¡Quién iba a creer que los homenajes y pleitesías de que fue objeto María Teresa, eran los últimos que recibiera en su querida patria!

En la residencia del doctor Francisco Dueñas, amigos y amigas de María Teresa, cuando llegó de San Francisco California, se congregaron para cumplimentarla y expresarles cariñoso saludo de bienvenida con frases galantes, músicas y flores.

El Casino Salvadoreño dio brillante fiesta en honor de la gentil viajera, y también el Club Santaneco de la Metrópoli de Occidente consagró espléndido festival en homenaje a la encantadora damita.

En tales agasajos, ella apreciaba esas demostraciones de simpatía con la sinceridad de su espíritu armonioso y dilecto; pero la vanidad nunca empañó las limpias facetas de su amabilidad, que se desprendía de su alma como de las rosas y perfume.

Con ocasión de la gran fiesta en el Casino Salvadoreño, en honor de María Teresa, el que estas líneas escribe, estimulado por la ecuanimidad y exquisita cultura social de la festejada, escribió unas rimas galantes en su loor.

Aquella galantería social hizo llegar a mis manos afec-

tuoso telegrama de gratitud, firmado por el doctor don Francisco Dueñas.

No obstante, ya cumplida esta fórmula social, cuando el Dr. Dueñas me vio, con un efusivo apretón de manos me dijo:—«Gracias. Lo que usted escribió consagrado a mi hija me llegó corazón adentro».

En nuestros países poco se acostumbra expresar a los escritores sentimientos de gratitud por alguna galantería en la prensa. Tales manifestaciones públicas las agradece un determinado y reducido número de personas. La circunstancia de no expresar la gratitud a los escritores la atribuyo a falta de costumbre y no a carencia de cultura social.

En tal sentido, el doctor Dueñas, que es una de las excepciones en las campañas de estimular al escritor con una palabra de agradecimiento, intensificó más mi admiración y cariño hacia él.

Y como «el que quiere a la flor quiere a las hojas del rededor», este acerbo y profundo pesar que acaba de sufrir el doctor Dueñas, este rudo golpe, esta prueba inclemente de la naturaleza, ha contristado mi ánimo.

La muerte de María Teresa Dueñas ha prendido el luto en muchos hogares, ha hecho verter muchas lágrimas y musitar oraciones que, en alas del sentimiento, han subido al limpio firmamento enjoyado de estrellas.

Ayer... en su loor hubo músicas y flores, homenajes y pleitesías; en su honor brillaron muchas luces, se evaporaron en el ambiente muchos perfumes, por sus oídos desfilaron cánticos dulcemente alados, himnos de gloria, canciones de amor que adormecían con delicia inefable su alma blanca como la eucaristía. Ante sus pupilas sedenas y luminosas el cielo de su hermosa juventud le ofrecía miríficos luceros, irisadas rosas de luz; el sol de su existencia, en el meridiano de su diafanidad, la envolvía en rayos de oro; por el éter azul florecían bandadas de palomas blancas

como sus pensamientos, exhalaciones que ornamentaban la plenitud del horizonte y una primavera sonriendo y derramando flores.

Ayer, el espíritu regocijado de sus amigos la recibió con manifestaciones de júbilo; la fragancia del sentimiento perfumó su ambiente, las esquilas del afecto hicieron vibrar sus oros y la exaltación de sus méritos culminó en apoteosis.

Hoy...el profundo dolor embarga los ánimos; la mañana risueña de su vibración se ha convertido en noche sin estrellas y en sonidos melancólicos.

Hoy nos llega su cadáver, ese vaso que contuvo el perfume de su alma de mística azucena.

De muchos corazones sube el llanto a las pupilas cristalizado en lágrimas, y los labios murmuran oraciones que ascienden a los cielos como el incienso en el Ara.

Las campanas de las torres le dan un adiós lastimero, en sus metálicas vibraciones, a la virgen muerta; murmullos de quejumbrosos respuestas y doloridos sollozos rasgan el horizonte. Todas estas manifestaciones de profundo duelo se han traducido en apoteosis de dolor.

María Teresa yace dentro de un féretro, circundada de bellas ofrendas florales y de cirios encendidos, símbolos de su alma perfumada y encendida en gloria.

El recuerdo imborrable de los suyos y de sus amigos le hará ronda de honor; el sol, desde su trono de fuego, bañará su tumba en lluvia de oro, la luna la ornamentará con sus pálidas rosas de luz y las estrellas pondrán el alma de sus margaritas.

Yo, del jardín de mi pecho, saco una rosa y la deshojo murmurando una elegía a la virgen muerta.

S. CORTÉS-DURÁN.

(Del «Diario Latino»).

El funeral de María Teresa Dueñas

Desde que fue desembarcado del vapor «Colombia» en La Libertad el ataúd que encerraba el cadáver de María Teresa Dueñas, puede decirse que el ánimo público ha estado con emoción de tristeza. Detúvose de golpe el alegre movimiento de nuestra vida social. Y desde aquel momento, el doctor Francisco Dueñas y su hija Coralia, que vinieron de California acompañando el despojo mortal de la hija adorada y de la cariñosa hermana, han recibido de la sociedad salvadoreña muchas y muy expresivas demostraciones, que no sólo son de pésame, sino también un tributo de afecto a la memoria virginal de la dulce niña que regresó muerta a sus nativos lares, y ante cuyo recuerdo se rinde hoy el alma de quien esto escribe, antiguo amigo de su casa y de su nombre.

El ataúd, un primor de blanca seda y reluciente plata. En él un argénteo crucifijo, símbolo de amor y redención, y una placa, de argento también, con el nombre de María Teresa... Más que fúnebre ataúd, un estuche riquísimo para una preciada joya...

En la casa paterna fue puesto en capilla ardiente de luces y olorosa de flores. Las llamas de los cirios ardían como estrellas entre albos cortinajes que, a manera de nubes, se descolgaban sobre un jardín de rosas blancas. ¡Cuántas coronas de flores! Las había de todas formas y tamaños, artísticas, frescas, dominando en ellas la blancura inmaculada de las azucenas, de las rosas, de los lirios, de los jazmines, de los crisantemos, que se destacaban sobre las ver-

des hojas; y prendidas en los tules, las tarjetas como mariposas, con el nombre de quienes enviaron el florido tributo.

Toda la noche estuvieron en vela gran número de damas y de caballeros en la casa mortuoria. Y ante aquel blanco féretro puede asegurarse que desfiló con emoción dolorida toda la sociedad salvadoreña. En la capilla ardiente dijo misa el señor Obispo, Monseñor Belloso y Sánchez.

Ayer fue el sepelio del cadáver de María Teresa, a las 9 de la mañana. En hombros de parientes y de amigos fue conducido el ataúd hasta el Cementerio General. Iba en pos el padre atribulado, y con él un gran séquito en que todas las clases sociales de nuestro país estuvieron representadas. La procesión fúnebre encabezáronla acólitos portando Cruz alta y Ciriales; y con la solemne majestad del rito católico, iban eclesiásticos de capa magna unos y de sobrepelliz otros, musitando oraciones, en tanto que la muchedumbre de señoras y de señoritas, en larga fila y con ramos de azucenas en las manos, rezaban en devoto silencio. Muchas calles llenó el séquito. Descubiertos iban los hombres, y entre ellos, funcionarios públicos de todas las gerarquías, académicos, escritores, banqueros, estudiantes, comerciantes, diplomáticos, cónsules, obreros, políticos, etc., etc. Las coronas de flores eran conducidas por obreros, y el coche fúnebre iba atestado de ellas, y los automóviles detrás de la larga procesión llenos de tributos florales también.

Ha sido este funeral uno de los más imponentes entre nosotros. Lentamente, con la dolorosa lentitud de todo lo que es fúnebre, o más bien con el paso silencioso y pausado de lo que aún perdura en nosotros unguido de melancolía y ensueño, fue desfilando en el Cementerio aquel cortejo..... Y desfiló ante los ojos húmedos de lágrimas del padre de María Teresa, que ha de haber sentido en su alma desgarrada la caricia cariñosa de toda una sociedad.... Y ha de haber sentido también que el espíritu de su esposa, doña

Coralia, volaba desde California a palpar junto al de su consorte en aquel instante de hondo enternecimiento....Y ¡oh contrastes del destino! En aquel momento como que resplandecía más el sol en el cielo azul, como si quisiera ser gala de la eterna luz que hace germinar la vida en el seno de la muerte!

La tierra en que ya descansa María Teresa quedó invisible: una montaña de floridas coronas la cubrió por completo....Vivió entre flores la querida niña, y ya muerta tendrá flores siempre, siempre!

(Del «Diario del Salvador»).